

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 22 de Septiembre de 1898

Núm. 409



¡Un buen vaso, una guitarra
con unas cuerdas muy finas
y penillas PÁ tocarla!

Tú dices que nos han muerto,
y yo te digo que nó;
¡robándonos tanta cosa,
se nos llevarán el sol!

Ahora verán los mambises
que son las cuerdas de tripas,
y cuando cambían de mano,
no lloran dulces, que gritan.

Que no me importan las penas,
si me sirven en el vaso
manzanilla de mi tierra.

Dí lo que quieras serrana;
que se ponga el sol ¿y qué?
¡Destápame unas botellas
de noche, y viva el placer!

Terraza del Gran Casino. Son las once de la noche; la orquesta toca lentamente un delicioso vals de Strauss, y la gente, formando corrillos ó paseando, presta más atención á lo que murmura, que á la música.

Dentro se juega; fuera, pasean las autoridades, y si algún personaje falta, es que está dentro también.

Conversaciones cazadas al vuelo.

—¿Se ha marchado su esposo, ahora que van á tocar *La danza de las bacantes*?

—Precisamente por eso. Dice que en esa *danza de las vacantes* nunca le corresponde la que él necesita en el Tribunal Supremo.

—¡Ay, hijal! Con este calor, no sirvo para maldita la cosa; en cuanto tomo el baño, me voy á casa á ponerme ligera de ropa y estoy casi todo el día echada.

—Entonces ¿no verás á Juanito?

—Sí, está en mi casa todo el día; también le molesta el calor.

—Deseo volver a Madrid, pero temo el viaje; le tengo un miedo atroz al tren.

—Pues yo del tren no me puedo quejar. Papá le debe toda su fortuna.

—¿Es accionista?

—Nó; heredó á un tío, muerto en un choque.

—Me deja usted admirado. ¿Con que sin una peseta?

—Así parece. La última temporada del Casino fué fatal para él. El tapete verde y miss Leonie, *ecuyère*, le hicieron volver completamente vacío.

—¡Pobre Pepel! Yo le creía en auge todavía; ya ve usted: en la primavera estrenó aquel tronco de caballos.

—Revendidos antes de estrenados, y la quinta del Zarzalejo hipotecada. En Madrid se le hizo la vida imposible.

—Ahora comprendo su viaje á París.

—Se quedará allí; es el asilo de los grandes destronados.

—El San Bernardino de los ricos.

—Créame usted, la guerra es temible; yo hubiera ido, pero ya ve usted, de morir yo, ¿qué sería de mis hijos?

—Tus amigos hubiéramos hecho algo con ellos.

—¿Y mi mujer, todavía joven y guapa?

—También, también.

—¿Se abonan ustedes al Real esta temporada?

—Sí, tomamos con Concha una platea. Tendremos turno par.

—¡Ahl! ¿Se han reconciliado ustedes?

—Claro, aquello fué una tontería.

—(¿Qué fué?)

—(Cosas de otro turno.)

—(¿En el Real?)

—(Nó; en el cariño de Vicente Tortel. Ya se han

puesto de acuerdo; tienen ahora día señalado cada una.)

—¿Se ha marchado? ***

—Sí; por pocos días ha ido á Bilbao. Me he quedado ahora tranquila. Te juro que tenía ganas de quitarme de encima.

—De manera que vuelves á Madrid con tu marido.

—Sí; hemos suspendido las hostilidades.

—Han mediado las potencias, ¿verdad?

—Todo lo contrario; ese pillo de Luis se opuso con todas sus fuerzas, y ya sabes que él es una potencia de primera; pero no había más remedio.

—¿Y ahora paz?

—Paz armada, pese al emperador de Rusia.

—¿Sabe usted la Juanita? Pues retirada por el célebre banquero Samuel, que ya se ha gastado un capital en alhajarla.

—Digo, ¿y su fama de avaro?

—Desmentida.

—Un hombre que es incapaz de dar nada.

—Ya ve usted, ha buscado el contraste.

—Sí, chico; es un apuro, porque él, de cuando en cuando, asoma por Madrid y amenaza llevarse á Emilia, el día que ésta no pueda decir lo que Francisco I.

—¿Qué?

—Aquello de *todo se ha perdido*, etc., y digo etcétera, porque ni Emilia ni yo sabemos lo que sigue.

—¿Y usted cree que de la reunión de Cortes saldrá la crisis?

—¿Quién sabe? Tal vez se forme nuevo ministerio.

—¡Hola, nuevo gabinete!

—¡Claro!

—¿Y usted entrará en el gabinete?

—No creo que me dejen pasar del *recibimiento*.

—No me hables de la sala de juego. Ahora mismo, en una postura acabo de perder 500 pesetas. ¿Qué te parece?

—Que es una postura incómoda.

—¿Se presentaría usted diputado en ese caso?

—Sí; pero es difícil. Necesito el apoyo de mis amigos, pie forzado para intentarlo todo; el del Gobierno, pie forzado para triunfar; el de la prensa, pie también para tener opinión, y el del distrito, pie...

—Vamos, sí, que necesita usted tener cuatro pies.

—¿Has perdido?

—Según; ha perdido Juan, pero ha ganado Pepe.

—¿De modo que tú...?

—He hecho *après*.

MIGUEL ARDAM



L. G. T. is a ...



Secreto sorprendido.

¡Vé y dile al padre...!



—¡Que te equivocas! ¡Que no sale esta noche la luna!
 —Pues si lo sé muy bien... ¡Vaya si saldrá!...
 —Repito que andas equivocado.
 —¡Quiá, mujer! ¡Si yo mismo lo he leído en el santoral!...

—Pues mira, yo lo sé por padre, que al encargarme ayer que volviera pronto del pueblo, díjome: «Mañana no habrá luna; con que no vayas á atascar el paso, que si nó, te encontrarás con noche más negra que boca de lobo».

—¡Ea, que no me convences!
 —¿Nó? Pues ¿cuánto va á que llevo la razón?
 —Cuanto quieras... Un beso va apostado.

Y el muy redomado mocito sonrió, con una sonrisa inocente al par que maliciosilla, muy propia de sus quince años, que apenas contaba. Después de tantos meses como iba acechando ocasión oportuna en que manifestar sus amorosas ansias á la rapazuela, al fin, presentábasele la suerte propicia. ¡Qué dicha! El corazón habíale dado un vuelco al insinuar la idea, y encontróse de tal manera emocionado, que hasta las palabras mismas quisieron atragantársele, como para impedirle ¡las muy tunantonas! aquella dulce expansión de sus recónditos sentimientos.

Pero entre tanto, por más que atisbaba con el rabillo del ojo el efecto que produjera en la mozuela su atrevida proposición, ningún cambio pudo notar en el delineado impasible de su rostro.

¿Es que no le había oído?

Pronto lo sabría.

—¿Qué contestas?... ¿Estás conforme?

—¿Conforme con qué? — contestó ella, paseando la vista con estudiada distracción por la negrura de la campiña, donde empezaban á extenderse las sombras de la noche.

—Bien claro está: conforme con lo de la apuesta.

—Pero ¿de qué apuesta hablas?

—Anda, que lo sabes ya — repuso él con desenfado. — ¿No hemos convenido en apostar un beso á si salía ó no la luna?

—¿Un beso? — exclamó bajando los ojos y fingiendo extrañeza la taimada aldeanita.

Y luego con voz queda, aunque plantando temerosamente sus pupilas en las del mozo, añadió:

—No acepto, porque si perdiera...

El paisanito vió pronto el juego. Muy luego su compañera transigiría, de saber insistir con acierto.

¿Pues qué?... ¿Acaso él era bobo? ¿Qué no significaban aquellas tímidas, pero expresivas miradas, que acababa de dirigirle?

—¿Si perdieras, dices? — repuso. — ¿Y esto qué habría de importarte? Creo que no te ha de ser nada difícil conceder un beso...

—Bien, pero... — baluceó la mozuela, sonriente esta vez, ante el obstinado empeño de su adorador inesperado.

—Pero... ¿pero qué? — hubo de preguntar el impacientado mocito.

—Nada; que dar un beso es un pecado muy grande — observó la muchacha con afectado sentimentalismo.

—¡Anda, mujer, no creas eso!

—Pues mira tú, el padre don Roque, me lo tiene dicho desde cuando voy á confesar por Pascua.

—¡Báh! ¡Claro! ¿Qué han de decir ellos? También una vez me dijo á mí que no fumara, y sin embargo, de algunos años acá que chupo hasta vegueros.

—Pues haces mal. Cuando el padre lo ordena...

—Es que el padre lo ordena, pero no lo cumple, mujer. ¡Si parece más bien una chimenea con tanto echar humo! Y en cuanto á lo de besarse — añadió el rapazuelo con picaresco ademán — ¡anda, anda, lo que yo me sé!

Mientras en tales dimes y diretes iban los incipientes galanes, la luna, surgiendo de entre un lecho de foscas nubes, apareció en el horizonte, y soberbia en su plenilunio, desparramó sus argentados rayos por aquellos desiertos lugares. El estrecho sendero que marcaba larga ruta á los dos jóvenes, quedó inundado de nacarada luz; y á su presencia destacáronse ampulosamente desde los empingorotados peñascales de allá lejos, hasta las sencillotas primeras casas de la aldea.

Nuestros dos interlocutores continuaban en su cháchara.

—Nada, que no me convences — decía la niña, con una coquetuela sonrisa en los labios. — Ni que hayas ganado la apuesta, no quiero que me beses... y en fin, lo repito — añadió — aun cuando quisiéramos no podríamos besarnos, porque ¡claro! el tener que pecar nos lo impediría.

—¿Que no podríamos besarnos? — exclamó el mocito, suelta del todo su lengua por el entrevisto éxito de la aventura.

—Nó — dijo con mimo la muchacha.

—¿Aunque quisiéramos? — interrogó él, al tiempo que fijaba sus enardecidos ojos en los que sonrientes mostrábale la moza.

—Aunque quisiéramos — contestó ésta.

—¿Sí? Pues vé y di al padre don Roque, que en eso anda también equivocado.

Y rápido como el rayo, rodeó con el brazo la cintura de la bella aldeanita, mientras estampaba en sus labios de carmín un ósculo sonoro.



El cabello de la ocasión

—¿Cómo te llamas?— Ocasión. —¿Por qué llevas el cabello largo sobre la frente?— Para que pueda ser cogida al acercarme. —¿Y por qué estás calva por detrás?— Para que no haya manera de cogermelo si he pasado.

Juanita Reyes era una muchacha preciosa. Alta, de proporciones espléndidas, con ojos que «echaban chispas» y una voz que iba derecha al punto débil del corazón de cuantos la escuchaban, convirtiéndolos en adoradores suyos.

Pero, como ocurre frecuentemente con la mayoría de las muchachas bonitas, Juanita era coqueta. Estaba pagada de su belleza, y no comprendía que hombre alguno osara resistirse á la primer mirada de sus azules ojos. Añádase á esto que, muerta su madre cuando Juanita contaba siete años, sólo su padre cuidó de criarla y atenderla, y el buen señor la quería de tal modo, que jamás supo negarle el menor de sus múltiples caprichos.

El verano de 18... antojósele á Juanita ir á DD, que aquel año era la estación veraniega de moda, y aunque el viejo refunfuñó un poco, á los pocos días emprendieron el viaje.

La primer noche que hubo baile en el casino Juanita escogió sus hombres, ó mejor dicho sus ju-



guetes. A los pocos días estaban reducidos todos á la obediencia y pendientes de sus menores mandatos, con una seguridad y sumisión que hubiera envidiado el coronel más ordenancista de cuantos hayan existido. Entre las presas verificadas por Juanita contábase Fernando Alvarado, cuya captura no acababa de satisfacerla, por lo fácil. A los primeros disparos se había rendido á discreción el hombre.

Nunca hubo perro tan obediente á los caprichos de su amo como lo era Fernando á los de Juanita. Y nunca hubo gato que demostrara tanta inventiva ni tan refinada crueldad en martirizar al pobre ratoncillo entre sus garras como Juanita en herir el amor propio de aquel pobre joven, valiéndose de todas las ocasiones que se la presentaban para ostentar su incontrastable poder sobre él. Fernando servía á Juanita y la traía y llevaba objetos con mucha más paciencia y resignación que el perro de lanas mejor enseñado: él rondaba sus ventanas durante la noche, y ella se reía, explicando luego á sus amigos co-

— No entres; no te quiero ver enamorado más que de mis ojos.

Reutlinger.



En el columpio.

mo se constipaba su pretendiente por amar al aire libre; él la escribía versos que eran leídos por ella en el salón del balneario y puestos en música ridícula por los demás jóvenes; él la compraba flores con que ella favorecía á sus conocidos, más tarde. Por espacio de mes y medio Fernando fué el hazmereir de toda la colonia en la medida que sólo su mucha candidez y su natural apacible hubieran podido tolerar.

Pero cierta noche, en que Fernando había conseguido de Juanita un vals, que luego ella bailó con otro de sus admiradores, (un joven algo romántico recién llegado al balneario y en cuya conquista Juanita se hallaba empeñada entonces) Fernando vió que era poco airoso el papel que estaba haciendo, y por unos cuantos días cesó en sus constantes atenciones hacia la desdenosa.

Aquella especie de rebelión duró poco, sin embargo. Cuando Juanita notó que su presa trataba de escapar, la llamó imperiosamente, y Fernando, aunque algo rehacio al principio, no tardó mucho en volver obediente á convertirse otra vez en lacayo suyo. Si algo había que pudiera irritar á Juanita más que la imposibilidad de esclavizar á un hombre, era su rebelión después



Las mujeres en el peligro.— Sosteniéndose.

de ser conquistado, y á manera de castigo por su audacia y temeridad, extremó su tiranía sobre Fernando «para ejemplo— como ella decía— y escarmiento de los otros».

Cierta tarde se desencadenó sobre el balneario una tormenta horrible, y por tres días cayó una lluvia torrencial que convirtió el riachuelo en impetuoso torrente. Cuando se disiparon las brumas, organizóse una excursión para ver aquella maravilla improvisada de la naturaleza.

Juanita había escogido entre los caballeros al joven romántico, y éste la contaba historias antiguas de nobles y hermosas damas y bravos caballeros, que exaltaban la imaginación de la bella. Durante el camino le había narrado la historia del caballero *De Lorge* y la *Dama del Guante*.

«Cuando De Lorge rescató el guante de entre las garras de los tigres y leones, lo llevó á la dama, y en vez de entregárselo rodilla en tierra, se lo arrojó al rostro. Pero si el guante hubiera sido de usted, Juanita—dijo el poeta acompañando sus palabras con una lánguida mirada— seguramente De Lorge se hubiera creído muy bien pagado de su bravura con besar la mano que arrojó la prenda codiciada.»

Juanita sonrió complacida, pero á pesar de toda la elocuencia y todas las protestas del romántico joven, no creyó que él fuera capaz de arriesgar la vida por satisfacer un capricho de su dama. Quizá Fernando... Sí, Fernando se atrevería; en diferentes ocasiones había demostrado ser valeroso, á pesar de su buen carácter y sus pocos años. Juanita ardía en deseos de ponerle á prueba y

vencer en poderío á la bella dama de la corte del Rey Francisco.

Los mugidos del torrente, aumentado por la crecida, comenzaron á oirse mucho antes de llegar á él; pero cuando al doblar un recodo apareció de improviso, mordiendo sus orillas y arrastrando inmensos troncos con la facilidad con que el prestidigitador juega con sus bastones y paraguas, los excursionistas refrenaron el ímpetu de sus cabalgaduras y contemplaron pasmados al monstruo rugiendo y forcejeando ante ellos. De pronto la vista de Juanita tropezó con una hermosa flor silvestre que se sostenía suspendida por sus raíces en la opuesta vertiente del río, temblando ante el soplo de las aguas y como esperando de un momento á otro ser arrebatada por el furioso remolino.

Una idea vaga se dibujó en la mente de Juanita, idea que poco á poco fué tomando cuerpo hasta convertirse en deseo irresistible:

—¡Qué hermoso espectáculo! El atrevido que cruzara el río á nado correría peligro de muerte. Todos la miraron sorprendidos por un extraño pensamiento.

—Se necesitaría estar loco — dijo uno. — Quizá pudiera intentarse, por un gran precio; la vida de un hombre, por ejemplo.

—O el amor de una mujer — añadió Juanita pensativa.

Fernando, se había acercado al detenerse los paseantes, y oyó la observación.

—¿Lo haría usted si yo se lo mandara?—preguntó ella en voz baja, y al leer la respuesta en sus ojos Juanita se volvió á la reunión y dijo:

—¿Ven ustedes una flor que ha crecido en el borde del agua, allí, en la otra orilla? Pues bien, yo quiero esa flor. ¿Hay alguien que se atreva á traérmela?

—Voy por ella, — contestó Fernando echando pie á tierra.

Todos le miraron con asombro. Algunos trataron de sujetarle; pero cludiendo el cuerpo, se lanzó como un relámpago hacia el río, salvó de un salto el borde de la meseta, y á los pocos instantes apareció de nuevo luchando con la impetuosa corriente, desapareciendo á veces, saliendo de nuevo á la superficie, y evitando siempre los obstáculos y despojos arrastrados por las aguas.

En aquel sitio el cauce es algo más estrecho, por cuya razón las olas, quintuplicadas en volumen por la crecida, se precipitaban hacia aquella especie de esclusa con una fuerza terrible.

Los minutos parecían siglos á los ansiosos espectadores de tan singular escena. Por fin le vieron alcanzar la otra orilla y subir hasta donde se mecía la solitaria flor, que arrancó y puso cuidadosamente en su bolsillo. Después se volvió hacia el río en ademán de arrojar de nuevo al agua para regresar hasta donde estaban sus compañeros. Uno de los hombres bajó hasta la orilla, y poniendo sus manos en forma de bocina le gritó que se detuviese, pero el ruido del torrente era tan fuerte que Fernando, ó no le oyó, ó si le oyó no hizo caso. De seguro, no vió lo que veían los de la otra orilla: una especie de avalancha, formada de inmensos troncos, tablones y otros despojos, que descendía rápidamente río abajo.

Al llegar Fernando á la mitad distinguió la inmensa masa que se le venía encima. Se le vió centuplicar sus esfuerzos por alcanzar la orilla con la ansiedad del hombre que sabe que su vida depende de un segundo perdido ó un movimiento mal calculado. Pero todo fué inútil, la inmensa masa se precipitó sobre el sitio en que el nadador luchaba con el monstruo y al descender corriente abajo, Fernando había desaparecido.

Los hombres se precipitaron hacia la orilla; algunas mujeres se desmayaron y otras aumentaron el alboroto de las aguas profiriendo agudos gritos de terror; sólo Juanita permanecía á caballo, inmóvil como una estatua, con la palidez de un cadáver. De pronto uno de los hombres señaló con la mano un punto de la orilla, algunos centenares de metros más abajo. Allí estaba Fernando, trepando por la vertiente, agarrándose á las malezas y juncos que crecían en la ribera.

Cuando llegaron al sitio aquel, el héroe se dirigía hacia ellos. Todos le abrazaron y felicitaron, y algunos quisieron llevarle en hombros. Pero Fernando, sereno y sonriente, se resistió. Chorreando como un gran perro de aguas llegó hasta Juanita, y sacando silenciosamente la flor de su bolsillo, se inclinó cortésmente y la puso en sus manos.

Juanita recibió la flor en silencio, pero en sus ojos, brillantes de emoción, resplandecía una lágrima. Después, inclinándose hacia Fernando y envolviéndole en intensa mirada, dijo en alta voz: «Gracias, Fernando, usted me ha traído esta flor y quiero que la luzca en prenda de mi gratitud y testimonio de su valor. Y besándola, prendióla con sus mismas manos en el ojal de la empapada cazadora.»

Fernando la dejó hacer en silencio. Después volvió á montar y todos regresaron al balneario. Pero al entregarle la flor, la mano el pobre había dejado en la de Juanita una gota de sangre.

La gente dijo que esta era, sin duda, la última niñada de Fernando; que su carácter había estado durante mucho tiempo tratando de romper la tiranía de que era objeto por parte de Juanita. Otros dijeron que cuando la masa de troncos y maderos arrastrados por las aguas se precipitó sobre él, contemplando la muerte cara á cara, había visto las cosas en su verdadera luz. Y otros añadieron que al ver la gota de su sangre en la mano de Juanita comprendió que aquella mujer era capaz de sacrificarlo todo, hasta la vida, para satisfacer su vanidad.

Al principio Juanita, cuando le hacían notar la indiferencia con que Fernando la miraba desde el día de su temeraria acción, se reía y exclamaba: «El volverá. Ya verán ustedes como no pasa mucho tiempo sin que le vea tan sumiso como antes.»

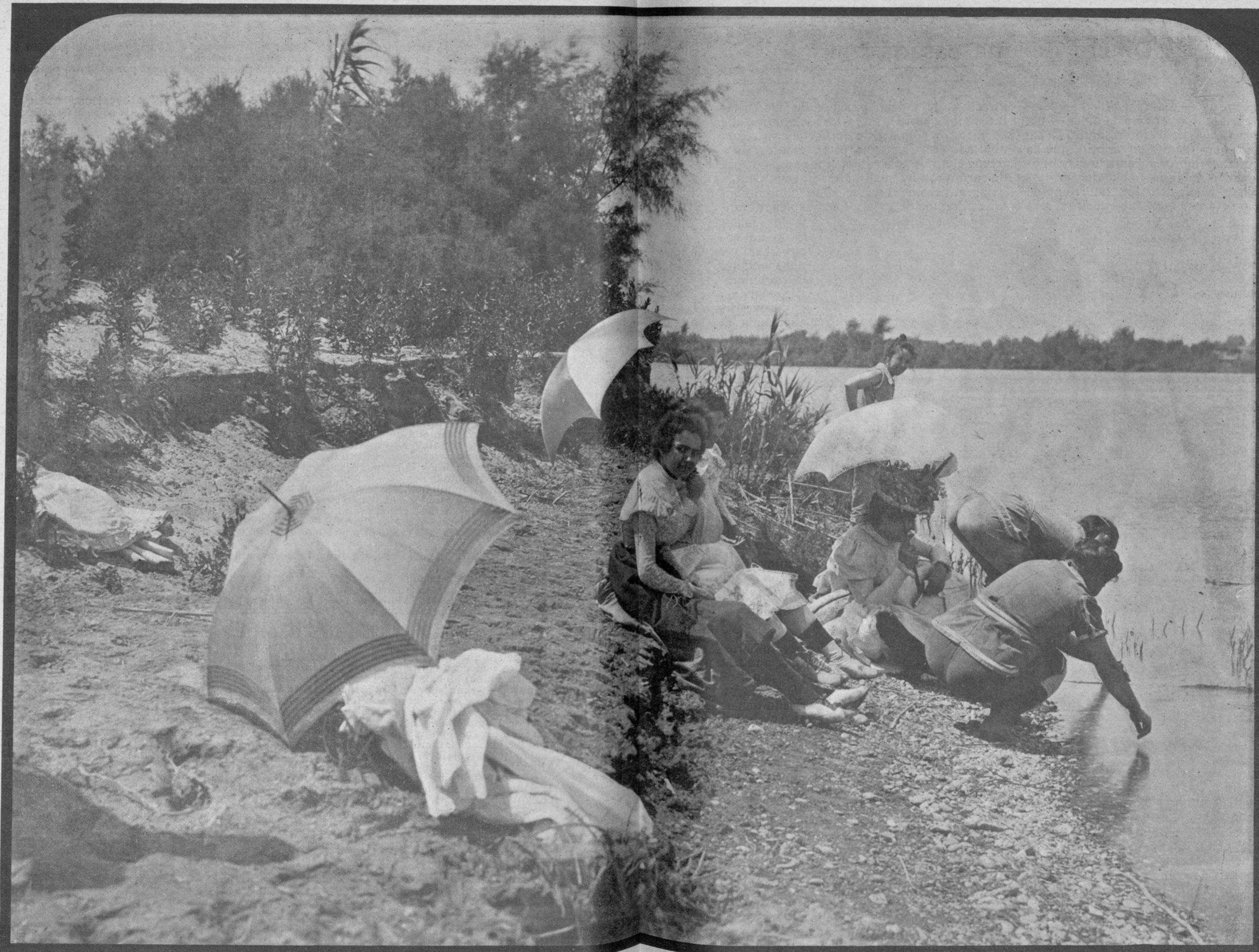
Pero esta vez Juanita se equivocaba, pues pasaban los días y las semanas, y Fernando no parecía notar siquiera su existencia. Entonces sucedió una cosa muy extraña. Juanita sacrificó su orgullo y le buscó—disimuladamente al principio; abiertamente después, y por último desesperadamente—como quien se ahoga y se agarra con furia á una débil caña. Sus ojos seguían á Fernando con una mirada tan ansiosa y triste que partía el corazón, y que no parecía notar él.

Por último una noche, en el salón de la fonda, Fernando anunció su propósito de dar por terminada su estancia en el balneario y salir al día siguiente para París, donde le llamaban sus negocios. Despidióse de todos, incluso de Juanita, á quien dirigió una ó dos frases de pura cortesía, y hubo en el salón quien volvió la cara por no poder resistir la tristísima expresión que se reflejó en el rostro de Juanita.

Después de todo decían sus amigas, Juanita tuvo la ocasión de alcanzar la felicidad y no quiso aprovecharla. Por algo pintan á la ocasión con un solo cabello, y en la frente. Hay que cogerla al vuelo. Cuando pasa, se perdió para siempre.

JOAQUÍN M.º FERNANDEZ





— ¡ Qué fortuna, si esta agua transparente nos comunicara su limpieza !

Diario de una casada

(Continuación.)

Noviembre, 11. — La casualidad — decididamente hay que creer en esta diosa — me ha enterado de cosas muy interesantes. Cónstame ahora que Juanita no mintió; que la viuda de Foresti labró durante una temporada la felicidad del que había de ser después mi esposo; felicidad que, interrumpida por espacio de año y medio, ha vuelto á reanudarse, según todas las probabilidades, aunque de esto no existe absoluta certeza.

Esa casualidad *providencial* se ha presentado bajo la forma de una costurera «á domicilio», á quien he tenido en casa un par de días ayudándome para el repaso y renovación de mis vestidos. Amiga de charla y de indiscreciones, me ha hablado, sin que se lo preguntara, de sus mejores parroquianas, de las señoras que le proporcionan continuo trabajo y á cuyas casas concurre en días determinados de la semana. Uno de los nombres salidos de su boca ha sido el de la tal viudita, y no he encontrado la menor dificultad en hacerla cantar. La muchacha no es de las que se hacen de rogar para referir lo que saben respecto de vidas ajenas: el cuerpo le pide palique, y el que me ha dado sobre el asunto ha sido tan largo como edificante.

De esta manera acabo de averiguar que doña Olimpia es una mujer, si no guapa en el verdadero sentido de la palabra, muy

atractiva, de mucho gancho; de edad asaz indefinible: entre los 28 y los 36, aunque ella se atribuye sólo 27; de formas acentuadas: abultado seno, caderas protuberantes y estrecha cintura; pelo rubio, ojos negros y boca de carmin; muy melosa en el trato y en la palabra, pero de carácter resuelto, dominante, con raptos de cólera formidables, duran-

te los cuales gasta un vocabulario y unos modales de verdulera. Elegantísima en el vestir, aficionada al lujo, pródiga y manirrota en ciertas cosas; tacaña y roñosa en otras.

¿De qué vive? Dificilillo sería averiguarlo de una manera precisa, aunque ella asegure que su difunto esposo la dejó lo suficiente para vivir con holgura, y hable de sus *Cubas*, de su *Exterior* y de sus acciones mineras. Ha pasado por muchos *altos y bajos*. Secundina — esto es, la modista — que la conoce desde cuatro ó cinco años, pretende que sus gastos varían notablemente



— ¿Quién me la compra?

según la posición de los amigos que *están en el candelero*. Cuando empezó á tratarla y á prestarle la colaboración de su aguja y de su tijera, frecuentaba á diario la casa un don Francisco, señor muy formal, de cincuenta y pico, viudo, presidente ó cosa así de una sociedad de crédito. Por aquellos tiempos andaba «muy boyante» la doña Olimpia: gran rumbo en el comer, en el vestir y en el mobiliario; teatro todas las noches; á cada dos

por tres coche á la puerta. Y regalitos á profusión: un día un brazaletes, otro un abanico, otro un corte de vestido; y golosinas, botellas de lo bueno, chirimbolos de porcelana, etcétera, etc. En fin, la gloria. Pero no duró más que algunos meses. Un día, digo, una noche, á eso de las once, mientras don Francisco se tomaba, según su costumbre invariable, su tazón de chocolate con bizcochos en casa de su amiga, le dió un soponcio tan fuerte que se cayó del sillón al suelo. Levantáronle entre doña Olimpia y la camarera, avisaron al sereno, fué éste á llamar al médico, el cual hizo cuanto pudo, pero sin lograr nada: á las cinco de la madrugada el buen señor entregó el alma á Dios, sin haber recobrado el conocimiento, y la viuda de Foresti quedó viuda por segunda vez, vamos al decir.

Su posición cambió radicalmente, desde tan infausto suceso. Fué preciso mudar de casa, y suprimir muchos artículos y muchos gastos. Pero no bastando la economía más estricta, hubo que llevar al Montepio las joyas, una tras otra, y los cubiertos de plata.

La crisis se prolongó algún tiempo y no es fácil presumir cómo acabara aquélla, á no haberse presentado el remedio á tanta calamidad dentro del uniforme de un comandante de artillería, que reemplazó al presidente difunto. Era muy superior á éste como jacarandoso: un hombre que verdaderamente daba el opio por su buena sombra y su gallardía, y su caída de ojos. Rumboso también; pero ¡ya se ve! su caja de caudales no estaba tan provista como la del otro, y las cosas andaban muy diferentes de cuando los buenos tiempos de don Francisco. Además, el comandante era de otra pasta: le hacía cada perrada á la señora y era tan calaverón y mujeriego, que doña Olimpia se pasaba la vida, al cabo de tres meses, en una continua rabieta. Y hubo entre ella y él cada bronca que temblaba el firmamento: Secundina vió por sus propios ojos, en cierta ocasión, como la enfurecida dama tiraba á la cabeza de su adorado una fuente de natilla. Agresión á que contestó el artillero cogiendo la mesa por una pata y volcándola con platos, copas y botellas sobre su cariñosa amiga. Después



de estas escenas lamentables venían reconciliaciones dulcísimas, pues la verdad es que doña Olimpia estaba chifladísima por su bizarro guerrero. Pero llegó un día en que éste se

cansó de amores y de jarana, y se marchó á Madrid sin despedirse.

Nueva crisis y nuevos apuros para la viudita. Secundina ha oído asegurar que para salir del paso hizo más de una vez cosas que... en fin, cosas que es mejor pasar en silencio. Puede que no sea verdad, pero... El caso es que todo iba de mal en peor, cuando la suerte la puso en relaciones con el señorito Pepe.

Sin sospechar mi modista lo mucho que me interesa el saber todo lo concerniente al señorito Pepe, me hace un relato extenso, detallado, de la íntima amistad que entre él y la Olimpia existió durante un año y pico. Refiéreme que dicho señorito, abogado, de familia rica, estaba tarumba por su querida; que ésta le sacaba mucho dinero, aunque él, inclinado á la economía, se resistía á gastos extraordinarios, pero concluyendo siempre por ceder á las exigencias de la sirena; que él era muy celoso,

muy desconfiado, y no sin razón, ya que ella no se paraba en barras para hacerle cada trastada que...

—Figúrese usted, señorita —añade Secundina, riendo— que una tarde llega el señorito Pepe á casa de su amiga, quien le creía ausente, y me la encuentra... ¿cómo dirá usted?... pues en paños menores y retozando muy contenta con un torero. Como el señorito tenía la llave del piso, pudo entrar sin ruido y sorprender á los dos tórtolos. Hubo una escena terrible y aun parece que el torero sacudió un par de sopapos al abogado, quien salió con los carrillos hinchados. Entonces sobrevino el rompimiento definitivo, y algunos meses después se casó el señorito con una señorita muy guapa y muy rica, según dicen. Lástima para tal hombre, que al fin y al cabo se cae de tonto...

—¿De tonto?... ¿por qué?... —pregunto, procurando que no se me conozca en la cara ni en la voz, el asco y la indignación que aletean en mi pecho.

—Pues, sí, señorita, de tonto y de bestia: ¿qué puede pensar de un hombre que des-

pués de lo que le pasó y teniendo una mujer como la que tiene, se lia de nuevo con esa tia.

—¿Pero es verdad eso?

—¿Que si lo es?... Como que no pasa un día sin que vaya á verla, y hasta se hizo

acompañar por ella en un viaje que emprendió hace poco á Madrid. Con que, ya ve usted...

Por la copia,
JUAN BUSCÓN

(Continuará.)

El beso en el aire

En el pescante de un viejo
desvencijado simón,
tiritaba un tosco auriga
un día de invierno atroz.

Una chiquilla, al arroyo
saltando, se le acercó,
ligera como una alondra,
lozana como una flor.

Alzando las tiernas manos
que diciembre amorató,
un cestillo presentóle,
y él dijo: «¡Gracias á Dios!»

De mal talante, en el cesto
buscó la ansiada ración;
á los ojos de la niña
una lágrima asomó.

En el pescante el auriga
comió bien, bebió mejor;
á la niña, avergonzada,
ni se le escuchó la voz.

—«Vendrás otra vez más pronto»
díjole de mal humor,
y partiendo una manzana,
la mitad de ella le dió.

Rompió á llorar, sin tomarla,
la niña: «¡Cuán bruto soy!»
él murmuró: «¡Pobre chica!
¡ven, dame un beso, y adiós!»

Ella se irguió de puntillas,
él un poco se inclinó;
abrióse la portezuela,
gritaron: «¡A la estación!»

Enderezóse el cochero,
crugió el látigo veloz,
el beso quedó en el aire,
y él le dijo: «Al volver, dos».

Crugió el látigo de nuevo,
partió escapado el simón;
alzó la frente la niña,
rasgó las nubes el sol.

TEODORO LLORENTE

El amor para el arte

Á LA ILUSTRADA REDACCIÓN DE «LA SAETA.»

Montevideo.

El juicio literario se esclarece y depura, como la mente del viajero, con la experiencia de la inagotable variedad de las cosas. Tanto más límpida y profunda es la visión del pensador, cuanto más ha franqueado los horizontes de su pensamiento á los que el poeta llama *los cuatro vientos del espíritu*.

Sin cierta flexibilidad del gusto no hay buen gusto. Sin cierta amplitud tolerante del criterio, no hay crítica literaria que pueda aspirar á ser algo superior al eco transitorio de una escuela y merezca la sanción de la más cercana posteridad. — Temperamento de crítico es el que me une al amor por una idea ó una forma de arte, nervio y carácter de sus juicios, la íntima serenidad que se levanta, augusta y vengadora, sobre los apasionamientos de ese amor, como se cierne sobre las tempestades de la tierra la paz de las alturas. — Me parece haber afirmado alguna vez que en la aleación del alma del crítico grande y generoso es indispensable elemento una buena porción de aquella sus-

tancia etérea, vaga, dotada de infinita elasticidad, sensible y dócil á la presión de todos los resortes humanos, fácilmente adaptable á las más diversas manifestaciones del pensar y el sentir, que veía el grande estético de la Enciclopedia en el alma multiforme del cómico. — Agregaré que la más elevada aspiración de un espíritu

literario, ha de cifrarse en la ciudadanía de la *ciudad ideal*, que imaginaron en Weimar los dos geniales colaboradores de *Las Horas*, y á la que debía llegarse por la armonía de todos los entusiasmos y la reconciliación de todas las inteligencias.

Hagamos del amor, que comunica fuerza y gracia á cuanto inspira, y engendra en el pensamiento la noble virtud de comprenderlo todo, el gran principio de nuestra filosofía literaria. Comprender es casi siempre tolerar; «tolerar es secundar la vida». El mejor crítico será aquel que haya dado prueba de comprender individualidades, épocas y gustos más opuestos.

J. ENRIQUE RODÓ





LAS ALEGRES COMADRES. — Brindo por el emperador ruso que ha propuesto el desarme. Si esto se consigue habremos triunfado nosotras.

La reina de Holanda

Ha dejado oficialmente de ser niña. La ley la reconoce capacitada para regir los destinos de su pueblo, y le echa sobre los hombros la carga pesadísima de la gobernación.

Los súbditos han recibido con alborozo á su Soberana. Todo Amsterdam se ha regodeado con las alegrías de una fiesta deslumbradora; el arlequín bullicioso, que hasta los más sesudos y graves llevamos en el corazón, se ha subido á la cabeza de los neerlandeses, con tanta furia como el zumo de las cepas de Alicante.

Cuéntase que en el alboroto popular no se ha gritado viva la reina; pero está bien sabido que se ha gritado primero «¡viva el buen humor!» y después «¡viva Guillermina!»

Guillermina es una preciosa joven de dieciocho años, muy alegre, muy avispada. En su rostro vivo, despierto, se refleja la bondad de su alma.

Bien ganado ¿quién dice que nó? el premio que sacó en la lotería de la vida: merece ser reina por su hermosura.

Holanda acaba de abrir su libro.

Cuando se inaugura un reino hay siempre dos páginas en blanco: corresponde una al monarca; la otra es para la nación.

¿Se escribirán las dos con la misma pluma de oro?

La reina Guillermina ha paseado entusiasmada entre la multitud; su corazón de mujer ha sentido la dulce embriaguez de la dicha al recibir la corte de su pueblo; por sus ojos brillantes ha pasado con ráfagas de primavera, con relampagueos deslumbradores de luz, la alegría de vivir.

Su alma virgen y noble no sueña aún más que con la felicidad.

Seguro que en el éxtasis de sus ilusiones colmadas, alzando la vista á la vagorosa penumbra de la iglesia, ha descubierto en el solemne acto de su proclamación, un hada risueña bajando á ofrecerle el cetro y la corona.

¿Quién sabe si todavía ha aceptado la ofrenda riquísima como si acabaran de brindarle un juguete delicioso?

A esa edad pocos humanos son los que no juegan aún con las ilusiones.

¿Hará feliz Guillermina á su pueblo?

¿Hará el pueblo feliz á su reina?

Las páginas del libro están en blanco; pero la juventud es adorable, la hermosura merece que el destino le prodigue á manos llenas sus bendiciones.

Los neerlandeses tienen fe en el

sol, y el astro rubicundo ha descendido como un beso de Dios, en hebra de oro sobre la cabeza de la linda soberana.

¿Qué cuesta creer, en tanto que dejan su tinta sobre el libro abierto los años, que en esa caricia del sol hay una promesa de paz?

Es verdad que no siempre depende la dicha de los soberanos ni de los pueblos; á veces se cruzan entre ellos los hombres en forma de ministros y con travesuras de demonio.

Guillermina es joven, y en su casa está bien marcado el sello de inteligencia que ha traído á la vida su generación.

Todos los pueblos se conmueven ahora sintiendo reverdecir una dulce primavera.

Holanda no ha vitoreado á la reina.

Ha aclamado á Guillermina.

Ha aclamado á la juventud y á la hermosura.

Dios conserve su alma perennemente hermosa y joven.



Guillermina, proclamada en Amsterdam.

La Corte de Austria

Triste y bárbaro fin ha tenido la noble señora de Austria. Cierta que la secta criminal, á cuyos odios acaba de ser sacrificada Isabel de Baviera, nos ha dado sorpresas dolorosas, cometiendo crímenes que no tienen disculpa política posible; pero en esta ocasión el asombro ha subido de punto, por recaer la desventura en una dama respetable, gracias á sus años y á sus virtudes. Según ha confesado el asesino no se había afilado el puñal en la sombra para cortar el hilo de su existencia y sólo la casualidad ciega y estúpida la ha puesto entre el número de las víctimas. La emperatriz, que era muy aficionada á los viajes y á los esparcimientos de ánimo (sobre todo desde que los acerbos y duros golpes del infortunio, turbando la paz de su espíritu le incitaban á buscar consuelo y reposo en la naturaleza), hallábase disfrutando de la dulzura que ofrecen los pintorescos lagos de Suiza. ¡Fatalidad es que se haya cometido el atentado en aquel suelo, asilo de la libertad, de los progresos políticos, del derecho y de la cultura!

La emperatriz de Austria-Hungría, hija del duque Maximiliano, nació en 24 de Diciembre de 1837; contaba, pues, ahora poco más de sesenta años. Casó muy joven, á los dieciséis, ó sea en Abril del 54 con el emperador Francisco José I. A la sazón era una joven hermosa, como puede verse en nuestro retrato, y las penas no habían podido

borrar aún las dulces y simpáticas facciones de su rostro. Como á sus hermanas, no menos lindas y graciosas, Sofia (ex reina de Nápoles), Carlota (duquesa de Alençon, víctima de la catástrofe que redujo á cenizas el Bazar de la Caridad en París), y Matilde (viuda de Luis de Borbón, conde de Troni), como á sus hermanas, digo, su padre el duque de Baviera, la educó humildemente, casi en la estrechez, á pesar de su rango. Bien merecido tuvo su encumbramiento é injusta es la postrimeria de su ser amargado en las grandezas del Trono.



Francisco José I.



Isabel de Baviera.

Reproducimos el retrato del emperador Francisco José I, por no ser menos sensible y amarga su historia. Subió al Imperio en 1848 y ya inauguró su reinado con tristezas, puesto que tuvo que reconstituir su patria y su poder luchando.

Desde entonces no ha habido pena que no se haya clavado en su corazón torturándole, siendo la más aguda la de ver morir al heredero de su corona, de trágica muerte.

Francisco José, hijo del archiduque Franz Kari y de la archiduquesa Sofia, princesa de Baviera, nació en 18 de Agosto de 1830, y es en la actualidad un noble anciano de sesenta y ocho años, respetado y querido de su pueblo.

En la accidentada política internacional de este siglo ha representado un papel importante, perdiendo sucesivamente la hegemonía sobre Alemania, en guerra con Prusia, y pasando á figurar en las combinaciones de ésta como aliado, para el mantenimiento de la paz.

Con sentido acento, con profunda ironía pudo exclamar al enterarse del asesinato de su esposa Isabel:

—¡Ningún dolor se me ha perdonado en este bajo mundo!

¡Fuerte lección para los que envidian la suerte dorada de los poderosos!

¡Monja!

De monja te han vestido: tu tez pálida
sobre el hábito azul está más bella;
y es de tus ojos la expresión tan dulce
que, sin moverse las pupilas, rezan.

De tu cuerpo las líneas hoy se pierden
del severo sayal bajo las telas,
y el pensamiento, como virgen santa,
en su imagen más pura te refleja.

¡Ay! ya en el mundo, dó la farsa brilla,
la religión, que nos separa austera,
con torpe fanatismo, hora trás hora
también el alma que fué mía aleja.

¡Y en vano te esperaba tanto tiempo
y de mudo dolor vestí mis penas!
¿Sabes, mujer, lo que es un alma amante
que sus dolores á sí misma cuenta?

¿Sabes lo que es llorar al mismo tiempo
que tener de sonrisas la faz llena?
¡Ah!, no lo sabes, nó, cuando tranquila
duerme en tu pecho la gentil concienal!

¡Que si he sufrido! Tanto... que podría
por segundos contar todas mis quejas;
mas ¿qué vale el dolor de tanto tiempo
con el sentido al encontrarte muerta?

Muerta, sí; que el sayal es tu mortaja
y el convento la tumba que se cierra:
tienes un Dios que nos separa impío...

¡Mi Dios nos unirá en la hora suprema!

Y entonces... de la estéril vida tuya,
y de mi llanto han de pedirte cuenta:
¿de qué oraciones hablarás, si al cielo
sólo de amor las oraciones llegan?

¡De monja te han vestido! A despedirse
mi voz al claustro temblorosa vuela,
no la rechazes si del mundo es eco,
porque va el alma que te quiere en ella.

J. RICO

Los amigos

Los amigos se van .. frase terrible,
que es una gran verdad;
ya no queda ni un prójimo, que sea
un amigo leal.

Yo tuve tres; el uno era apreciable,
chico de buen humor;
me llamaba su hermano... y me tenía
un odio de pistón.

El otro me juraba que su vida
perdería por mí;
¡y me pidió diez duros cierta noche!
¿sería galopín?

El tercero estudió primeras letras
conmigo en Santander;
y ahora que es personaje (*sic*), me dice:
—No le conozco á usted.

¡Los amigos se van!.. ¿Quién es el hombre
que lo puede negar?

¿Quién es ese fenómeno que afirma
que existe la amistad?

Yo no creo que existan los amigos,
mas todo puede ser;
si sabe usted lector alguno bueno
remítamelo usted.

RICARDO SEPULVEDA

¡También reino!

A tu madre le dije: — Por la niña
muy pronto volveré. —

Y orgullosa y brutal ha contestado:
— La crío para un rey. —

¡Cuán torpe que es la vieja! ¡Si mi cetro
reluce como el soll!

Coronan los humanos á sus reyes,
á los poetas Dios.

CARLOS SAMUEL

¿POR QUÉ VISTEN USTEDES ASÍ?



Porque es moda.



Por un pequeño lío.



Porque monto en bicicleta



Por ser modernista.



Porque mato toros.



Porque ha muerto mi suegra.

Por ser atrevido

A Luquillas le dijeron que para amar á las mujeres lo mejor era ser atrevido. Y á él no le faltaban ganas de enamorarse.

Pero era el caso que hasta entonces, por muy suelta que dejara la lengua, no conseguía rendir las plazas á que ponía sitio, y que rechazaban con risas burlonas ó con insultos todos sus atrevimientos.

Un día vió á Maruja, requebróla con frases subidas de tono y observó que aquella criatura angelical se ponía del color de un tomate. Admiróle que no le mandara á tomar viento fresco á la farola. A la tarde siguiente Luquillas adelantó un paso; soltó las manos también; Maruja volvió á ruborizarse, pero nada dijo.

El hombre estaba loco de orgullo; ya era como los demás; ya conseguía vencer de las hurañas y agresivas mujeres. En sucesivos asedios fué adelantando su plan de ataque, excediéndose siempre, y subiendo de confianza en confianza á las más libres y peligrosas.

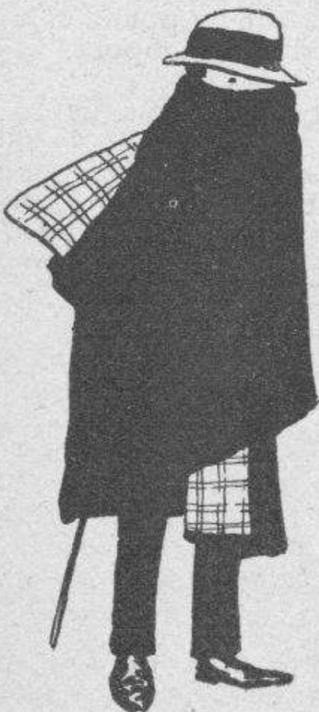
Una noche entró en casa de Maruja, con el ánimo bien resuelto á allanar todos los obstáculos y apoderarse de las últimas trincheras en que se abroquelaba aquella virtud vergonzosa. La niña le abrió la puerta y le condujo á su habitación, diciéndole que se descalzara para no hacer ruido, y que la siguiera pegado á su falda, pues no había luz.

Luquillas atravesó varios pasillos conteniendo la respiración para que no se le malograra la empresa; iba ebrio de gozo: la aventura era como no la pudo soñar.

Pero ocurrió que una vez en el cuarto, Maruja echó la llave, y lo mismo fué encender una vela que apagarle á Luquillas todos los bríos y atrevimientos. No estaban solos, y es más, les esperaban. Un chulo de mirada aviesa y gesto avinagrado le obligó á firmar un pagaré de 5,000 pesetas; luego hizo que se desnudara, y que saltase en paños menores por el balcón. Suerte que estaba en el entresuelo.

Luquillas durmió aquella noche en la prevención y á la mañana siguiente tuvo que meterse en cama para curar una pulmonía fulminante.

RICARDO CASTELLVET



Por mor de los ingleses.



Para que se vea que vengo de Londres.



Porque no tengo otro remedio.



AVISO IMPORTANTE

Hemos hecho grabar unas planchas exprofeso para las tapas correspondientes á los tomos de **LA SAETA**.

Forman unas cubiertas elegantísimas de tela, tiradas en negro y oro, y se hallan de venta en esta Administración.

Los corresponsales y suscriptores pueden adquirirlas, acompañando al pedido los precios siguientes: **Barcelona, 2 ptas. 50 céntimos; Provincias, 3 ptas.**

—Para que usted comprenda todo el instinto y la sagacidad del perro, me dijo un andaluz, voy á referirle lo que hace poco me sucedió.

—En Sevilla, uno de esos animales se aproximó á mi coche. Señor, déle una moneda, me dijo mi lacayo. Saqué cinco céntimos. El perro la tomó en la boca, entró en una panadería, puso la moneda encima del mostrador, recibió en cambio un pedazo de pan, y fué á partirlo con un perro muy viejo, amigo suyo, para quien tenía costumbre de pedir limosna.

Al día siguiente de una batalla, en que un cuerpo de caballería se había notablemente distinguido, cada soldado contaba sus hazañas.

—Yo,—decía uno,—he matado veinte enemigos.

—Yo,—añadía otro,—he perdido la cuenta de los que he enviado al otro barrio.

—Pues yo,—decía otro,—he roto un cuadro y me he traído la bandera.

—¿Y usted qué es lo que ha hecho?—le preguntaron á uno que escuchaba con calma á los otros.

—¡Ah, señores, yo he sido muerto en la acción!

Muy largo y mal predicó cierto religioso un día, y á una mujer que le oía, mal de corazón la dió. Al ruido, el padre, parado preguntó:—¿Qué pudo ser?—

Y dijo uno:—A esta mujer mal de corazón le ha dado.

—Pues ¿de qué, (con impaciencia dijo el padre) aquí la dió?—

Y el bellaco respondió:

—De oír á su reverencia.

—Pues ¿cómo el desvergonzado (dijo el padre enfurecido) sabe que es de haberme oído el mal ese que le ha dado?—
A lo cual el hombre, así le respondió en un momento:
—Yo lo sé, porque ya siento que me quiere dar á mí.

Un papá reñía á su hijo.
—¡Feo, goloso, mico! No sé á quién se parece este muchacho.
—A ti, papá, todos lo dicen, — contestó el niño sollozando.

Rogelio Maestre, distinguido redactor del *Heraldo de Aragón*, ha tenido la atención, que le agradecemos, de remitirnos un ejemplar de su obra *La Manía de mi amigo*. La hemos leído con detenimiento y la creemos acreedora á los aplausos que dícese le prodigaron la noche que se estrenó en el Circo de Zaragoza.

Lagrimitas de mi madre
engarzadas con tu pelo,
¡Qué regalo más hermoso
para cuando nos casemos...!

J. ENRIQUE DOTRES.

Un médico de partido tenía que asistir á los enfermos de dos ó tres pueblos.

El tal médico era muy cazador, y por el camino se entretenía en hacer uso de su escopeta.

Un forastero se le encontró un día.
—¡Hola! — le dijo, — ¿parece que va usted de caza?

—No, sino que tengo que asistir como médico al pueblo vecino y me voy entreteniendo... ¿Se le ofrece á usted algo?

—Hombre, no; no tengo ninguna enfermedad que fusilar.

CHARADAS

I

Tiene una gran *prima tres*
mi amigo *dos* y *primera*,
porque tiene á su mujer
prima segunda tercera.

II

Prima, dos cuarta, apellido,
Rey de la luz mi *tercera*,
y con *prima dos tres cuatro*,
tiene hora fija, cualquiera.

LUÍS LÓPEZ DE LOME.

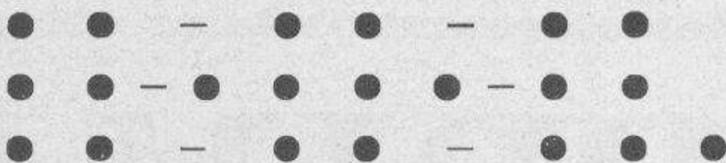
III
 Dos dos ¿tercia dos primera
 este prima dos tercera?...
 A. SÁNCHEZ CARRERE.

Letra numérica

1 8 2 3	5 7 5 0	Nombre de varón
7 0	7 8	» » mujer
3 8	1 8	En los árboles
7 0	4 8	Adjetivo femenino
1 2	7 8	Animal
1 2 3 4 5 6 7 8	9 0	Mamífero
9 8	7 0	Nombre de varón
7 2	9 0	Provincia de España
4 0	7 8	En los animales
4 6	3 0	Número
1 8 2 3	5 4 5 0	Nombre de varón.

JOSÉ ALIATE.

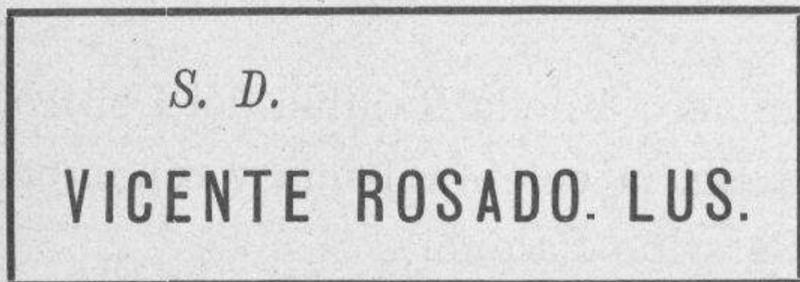
Tercio silábico



Substituir los puntos por letras que leídas vertical y horizontalmente den por resultado: primero, población española; 2.º, nombre de varón; y 3.º, otro nombre de varón.

A. PÉREZ.

TARJETA



Formar con estas letras, debidamente combinadas, el título de una zarzuela.

ANTONIO ARROYO MANJÓN.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CUADRADO: TOLEDO
 OO TV
 L RR I
 E OE E
 DP RO
 OVIEDO

CHARADA: CHARADA
 TRIÁNGULO: AMERICA
 MADERA
 EDITA
 RETO
 IRA
 CA
 A

ROMBO NUMÉRICO: OBDULIA
 JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Antero López.

Correspondencia

E. R. — Se le conoce á usted en lo grosero y ruin del lenguaje, que es de los despechados. Hace mal. Debe usted aplicar esas energías al estudio. No es uno más escritor porque insulte, calumniando, á los otros.

M. G. — Lo mismo, hermano. Y además lo que sigue: No ha disfrazado usted bien la letra y se le descubre el juego. La intención es malévola, pero se le

perdona. En cambio ahí van unos consejos: no aspire usted á escalar alturas que Dios y los hombres han puesto lejos del alcance de sus manos. Conténtese con llegar un día (en fuerza de perseverancia y aplicándose) á escritor medianejo; por ahora están verdes. Ah, de paso, mire usted en la ortografía que acaben no se escribe *hacaben* y *vastamos* reclama á voz en grito una b. Le faltan á usted unos cuantos años de escuela, y si se decide á cursarla, procure reformar la letra, porque así, en el caso de que fracase usted como escritor, puede ganarse el jornal como escribiente.

D. L. — Sí, sí, culto y muy culto. Sólo que usted, como los señores anteriormente citados, y como otros, revelan en sus frases gordas y necias, no tener idea de lo que es la cultura. Hay aquí muchos que les igualan, y quisieran que este periódico sirviera de espolazo á sus apetitos rastrosos y torpes. Ustedes han tomado el adjetivo picaresco por donde quema, por la parte más dañina, y la que más conviene á su natural; éste es semanario que maneja la sátira, pero no degenera en taimado, astuto, y demás cualidades del pícaro. A veces es festivo, ó sea chistoso, agudo, alegre, regocijado y gozoso, según el diccionario, pero no siempre, ni hace falta, porque basta con que los artículos satíricos (que pueden ser serios) y los cuentos cumplan las condiciones de la sátira.

Y hechas estas aclaraciones por exagerado espíritu de benevolencia, á cuantos escriban cartas insultantes se les contestará... con el más soberano desprecio.

A. A. M. — Se publicarán.

El abate C. Rezo. — No, señor; aquí no hay preferencias de ninguna clase; lo que sucede es que alentamos al que despunta *ese algo*; y como usted no nos ha mandado nada que sea publicable...

G. M. G. — Entra en turno.

V. Y. — Incorrectos, querido, y sin interés. Veamos otros.

M. M. T. — Muy descuidado y es lástima.

Y. T. — Utilizaré algunos.

Cachacita. — Le advierto que se llamaba *Manipodio* y no Manipodio: por tanto, no sirve.

Trebejo. —

Cantemos amigos, que el tímpano sonoro
 escucha con deleite,
 y de las olivas sale en chorro de oro
 el cristalino aceite.

¿Eso qué es? ¿Una orgía de consonantes?

B. P. de S. — Usted es de los que merecen ser alentados; si las «amargas» son enteramente originales se las publicaré; lo otro algo flojo y con bastantes descuidos; pruebe usted otro tema en esa nota festiva; me parece que si se fija y limpia la frase. . y el verso, hará usted algo que valga la pena.

V. M. J. — Se publicarán.

L. L. de L. — Todo menos un comprimido.

R. M. R. — Las dos cartas se han recibido casi á un mismo tiempo. Se le devuelve lo que pide por correo, atendiendo sus indicaciones. Lo siento.

L. C. — « Rasgó un relámpago la amplitud del firmamento. »

No me atrevo á seguir, porque ya sé que se me echa una tempestad encima y he salido de casa sin paraguas y sin impermeable.

R. F.—Sí, señor; está bien dicho: «van á ser las que escriba hoy muy raras». Porque se escriben las sátiras; los azotes no; los azotes se dan. Es usted un pedante. No hay concordancia vizcaína en la oración, sino en su entendimiento, donde no han entrado la gramática ni la retórica.

Y advierto á los señores que esperan turno que no se impacienten, pues quedan sobre mi mesa infinidad de cartas. Se contestarán con la presteza posible.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en



48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores de LA SAETA

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, de D. Ceferino Palencia

== CARRERA DE OBSTACULOS ==

una de las que más ha contribuido á cimentar la fama de su autor.

Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa de D. Marcial Morano

== EL MAYOR CASTIGO ==

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.

Asimismo se entregarán por el citado precio de media peseta cada una, **SOR TERESA ó EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO.**



20 cénts.

Núm. 410

